

una caja colgando de un despojo vivo que daba saltos como un fantoche á quien le tiran de un cordelito, y que de aquel montón deforme surgía el mismo grito ; *tengo sed!* oído por mí la primera vez que contemplé la ruina del restaurant Very...

## LA PERRERA DE DEIBLER

---

### I.

La ejecución de la pena capital varía según las latitudes. En Persia es muy sencilla. El reo se arrodilla, los ayudantes del verdugo le atan las piernas, y el verdugo, que llega á paso de lobo, es decir, cautelosamente, agarra de la nariz al reo, le echa atrás la cabeza, como si fuera á hacerle la barba, y le abre la carótida con un corta plumas, tan afilado, que puede cortar un pelo en el aire.

En Teheran hay treinta verdugos. Son amigos del soberano del país; le acompañan á comer; juegan con él partidas de billar; le dan á todas horas la conversación; casi, casi, no se separan de su majestad, que es la cabeza de aquellos brazos. Sin verdugos no habría soberano en Persia. Son, pues, unas personas decentes, dignas, respetables...

### II.

En Bombay el verdugo es superior á su especie;

es un elefante amaestrado, persona decente también. El animalito caza con la trompa al reo de muerte, y empieza por darle unas pataditas, pero con mucho cuidado, para no estropearle antes de tiempo; luego le arranca los brazos; en seguida le hunde las costillas, y, cuando le avisan que ya es hora de rematarle, le pone las patas en el pecho, bailándose una jota, y le hace añicos.

El elefante es una personalidad influyente en el gobierno de la India. No forma parte de la tertulia del gobernador, porque no habla. Pero merecía hablar...

### III.

París no es Teheran, ni Bombay. Cuando el verdugo, *señor* Deibler, nos cuenta que es « un funcionario », y que el acto de ejecutar á un hombre es « el despacho de un asunto », nos revuelve atrozmente el espíritu. En vano ha pretendido *el señor de París* graduarse de alto empleado con derecho á vivir la vida tranquila de un buen burgués, al amor de la familia y de la lumbre del hogar. París protesta contra la vecindad de *su señor*. Y cuenta que su figura no es siniestra *per sé*. Su cara es plácida; su color es bueno: sus manos son pequeñas, finas, blancas, á lo Pi y Margall; su continente todo es respetuoso, respetable é inofensivo al parecer. Agua mansa.

Pero no importa. Nadie quiere tener de vecino á un señor que ha « despachado el asunto » de ciento

y tantas cabezas, y que está dipuesto á seguir friamente despachando. Sus manos, aunque blancas, ofenden y repugnan cuando estrechan amistosamente. El gobierno, sabedor de esa repugnancia del pueblo, ha resuelto dar á Deibler una habitación en las antiguas caballerizas de Napoleón III, y ya se dice que el verdugo podrá tener la guillotina y los ayudantes del suplicio en aquel local, tan espacioso, que pudieran en él correr caballos.

En tan buena compañía, y en una cuadra de Napoleón III, podrá vivir dignamente el Sr. Deibler, aunque exclame alguna vez que otra, recordando á su colega de Bombay: — ¡Quién fuera elefante!

## LA PATRIA AGRADECIDA

---

« ¿ Es posible que no entienda vuestra merced lo de hacer aguas menores y mayores? Pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. »

(*D. Quijote*, cap. 48.)

Cada país tiene su especialidad. En Holanda se fabrica la mejor ginebra; en España el mejor patriotismo.

Patriotismo cómodo que vive de la leyenda. Fuimos heroicos en Zaragoza con la señora Agustina, y en Bailén con Arturo de Welesley. Seguimos heroicos por tradición, porque nos queda el olor de la señora Agustina.

Decimos : — ¡ Cualquier día entraban en Madrid los cuatro hulanos que entraron en Nancy!...

— Los cuatro, aquellos cuatro, *precisamente*, no parece fácil. ¡ Ya habrán muerto!

— Aquellos cuatro ú otros. Les damos con la puerta de San Vicente en las narices.

— Pero es que detrás de los cuatro hulanos estaba

Federico Carlos con cien mil guerreros y cien mil bombas.

— No importa... Empezamos por comernos los cuatro hulanos; luego... luego veríamos: lo probable sería que nos comiéramos al príncipe Federico Carlos con sus cien mil soldados. Y aunque así no fuera... ¡Aquí no discurremos ante el peligro! ¡Somos patriotas!

El patriotismo consiste en hacer una patria grande, inteligente, culta, digna y respetada... El patriotismo se demuestra dando espontáneamente el dinero ahorrado en el hogar para que los hulanos evacuen á Verdun... El patriotismo sabe honrar la memoria de los héroes... El patriotismo por excelencia se llama *Inglaterra*...

Ved en Londres á Wéllington, á Nelson...; en Hayde Park á Byron — guerrero de las letras del siglo — saludado reverentemente... Ved á Napoleón en su *Tumba* de París, á Voltaire en su barriada... Columnas que se destacan orgullosas sobre las viviendas de los míseros mortales; lujo oriental; austero recogimiento de los espectadores, parecido al del alma creyente que eleva á Dios una plegaria sentida...

Mirad los monumentos que tiene Madrid. Pero antes... tapaos las narices y andad en zancos. ¿Queréis ver de cerca á *don* Cristóbal? ¡Cuidado! No os aproximéis mucho... Hay allí, alrededor del monumento, toda una corona fecal.

Espartero es... una columna mingitoria; las renombradas puertas de San Vicente y de Alcalá pare-

cen, por lo que tienen á sus alrededores, puertas abiertas de inmundos retretes...; el monumento erigido en el Prado á la memoria de los héroes del *Dos de Mayo* es un picadero de bacantes de á peseta...; Cervantes sigue ejerciendo en la plaza de las Cortes el oficio de alcahuete...; el monasterio del Escorial es una pared de obscenos letreros...

— Pero, Sr. Bonafoux ¡esas atrocidades no deben escribirse!...

— Pero, señores míos, peor que escribirlas, denunciándolas á la vergüenza, es hacerlas sin decoro uno y otro día al amparo de los guardias de orden público. Pues qué ¡señores! (discurso), ¿se es genio para vivir así, en forma de cantaor flamenco, con flecos y adornos caprichosos *que huelen y no á ámbar*? ¿No resulta ridículo que tropiecen ustedes, si quieren saludar respetuosamente á los reyes de la plaza de Oriente, con las innumerables *cacas* que *bordan* á diario aquellas pobres estatuas?...

— ¡Qué porquería, señor Bonafoux!

— ¡Qué hipocresía, ¡oh señores! (discurso) ver diariamente *eso*, olerlo, pisarlo, y repetir al otro día, sin protestar siquiera por patriotismo!...

— Pero, Sr. Bonafoux, usted no escarmienta. Le han apedreado á usted, le han desterrado, le han dedicado pasquines. Convéñzase usted de que no se le puede ver ni en pintura. ¡Tendrá usted que ir borrando pueblos del mapa!... Esa labor, por lo demás, es estéril. ¡Decir verdades! ¡qué tontería! Hay que vivir con todos... ¿Pretende usted acaso redimirnos del atraso, del encanalla-

miento y de las cascarrías en que vivimos á gusto?

— ¡Dios me libre! El mejor día tomo un barco, y... ahí queda *eso*: toda la farsa política y literaria, toda la farsa social de gentes que se saludan y se odian cordialmente... Entretanto, permitidme, ¡oh, señores! (nuevo discurso), tomar nota, como Stanley, de los perfumes que exhalan los bajos de los héroes.

Veamos. No, olamos. Aquí huele; debe haber héroes por aquí; internémonos. París ha elevado suntuosos monumentos al vencedor de Jena — un *carnicero* con uniforme de emperador. — Madrid ha dedicado un recuerdo á Daóiz y Velarde, genios de la libertad, cuyo martirologio festejamos oyendo misas en el Prado...

Nada descubro... ¡Oh, si! ved los héroes; ved el monumento. ¡Qué risa! Algunos albañiles le lavan la cara para que su fealdad no espante á las gentes.

En el centro de desaliñada plazuela se levanta un arco pequeño, rechoncho, de ladrillos en cueros, salpicado de lodo, injuriado por el tiempo. Colgado del arco, á manera de candil en cocina de pobre, se divisa una especie de escudo, tosco, deforme, de madera pintarrajeada de verde y amarillo, con una inscripción que dice: « — Á los héroes del Dos de Mayo, Daóiz y Velarde ». — ¡Qué contraste con el *Panteón* que ha hecho Francia, *agradecida*, á sus *grandes hombres*! — El escudo, ó lo que sea, está rodeado de una guirnalda marchita que semeja peluca de cómico, y el arco cobijado de tejas, al igual de las casas, para que si llueve no se mojen ni se

constipen los héroes... Eso parece puerta de presidio, sarcasmo mudo de ladrillos. ¡Ay! confortadme!... No quiero ser héroe en esta heroica corte. Me levantarían un arco de cartón cobijado por un paraguas de á peseta que me preservara de la lluvia y de la nieve.

Y Gravina y Churruca, ¿dónde están que no los veo? ¿Dónde Méndez Núñez? ¿Y el Heine español que se llamó *Becquer*, y el Byron de Castilla que se llamó *Larra*?... ¡Se salvaron de la boñiga patriótica!

Ahora, no hace aún diez minutos, he visto á un caballero, decente al parecer, orinándose en don Alvaro de Bazán.

¡Es el botafumeiro de la patria agradecida!

## CUADROS AMERICANOS

---

Le conocía, hace ya mucho tiempo, sin tratarle y sin haber leído su libro titulado *Cuadros americanos*. Manuel Llorente Vázquez no pertenece como persona al surtido ordinario. No es que trate de singularizarse; es sencillamente que, dentro de las hechuras vulgares de la humana especie, Llorente se destaca sin querer y sin pensar en ello. Con esto sólo ya tiene bastante para ser conocido, y ya tiene también bastante desgracia para pasear por el mundo...

Pero lo peor para Llorente no es eso, sino que su exterior responde perfectamente á su interior; esto es, á lo que lleva en el espíritu, y de ahí que viva ó tenga que vivir desentonando en la general sinfonía de imbéciles y esclavos...

Si Llorente hubiera sabido *curvarse* y disimular su independencia de carácter, y si alardeando del patriotismo que demostró, como ningún otro diplomático español, en las importantes misiones que le fueron confiadas, hubiera acudido á la prensa en

solicitud de tal cual bombito al uso, tendría envidiable nombradía. Porque nadie, absolutamente nadie como él sostuvo la dignidad de la bandera de la legación en pueblos canibalescos donde el odio á España diríase que lo recoge el niño en el materno seno y que lo aspira el hombre en la viciada atmósfera.

Hay más : cuando ocurrió el incidente del *Virginus* y el gobierno español apareció medroso y acongojado por las amenazas de Syces, — porque en la república española no hubo Saint-Justs, ni Robespierres, y no fué otra cosa que la síntesis de la cobardía y de la envidia de un pueblo podrido, — Llorente hizo un *Memorandum* y prestó al gobierno (exponiéndose á que se los robaran) las documentos originales que salvaron á la patria de la gran vergüenza que exigía el embajador de los yankees... Pero esto, ¿qué ha de saberse, ni tampoco estimarse, aquí donde solo repercute el chismorreó oratorio de políticos vividores y los anuncios descocados de Barnums literarios? Para medrar ; qué digo para medrar ! para obtener justicia, es preciso ser un poco sin vergüenza ; — y Llorente perdió la juventud de su vida peleando en América por el decoro propio y por el decoro de España... para que los enemigos de ésta le atacaran á mansalva en el corazón mismo de la patria bizarramente defendida.

España perdió por ignorante sus colonias americanas — todo un imperio — y esa ignorancia supina en materia de Indias se ha hecho tradicional como el

cocido, *La Correspondencia*, las bellotas y los Pérez y Gómez. La inmensa mayoría del público cree que Cuba y Tabi-Tabi son... « la misma Habana ». Labra, que es cuco, suelta un ; *problema ultramarino* ! que aplasta al banco azul, y por eso goza fama de ser una especie de Arca de Noé flotando en el diluvio del indicado problema, que no es tal problema. Los diputados antillanos se dedican, con muy contadas excepciones, á hacer el oso, ó los osos. Unos se van de *juerga* á cazar liebres ; otros son hurones que no salen de sus casas, en donde pasan el tiempo *contando cuentos de allá*, con las zapatillas de flores bordadas á realce, y florecidas además, expuestas sobre la mesa de noche ; otros se hallan ocupadísimos en la labor de encontrar hospedajes *más* baratos ; otros... ¡ Grandes burros parlamentarios ! ¿ por qué no estudiáis, para que no os sorprendan los *Yltis* y *Virginus*, en vez de fumar tanta *brevia* y charlar tanta necedad en corrillos y cafés ?

Sí, debe ser triste el volver á la patria que fué defendida en lejanas y peligrosas tierras, y hallar por toda recompensa... un gabinete del filibusterismo establecido en el ministerio de Estado.

Sugiéreme estas y otras consideraciones, cuya exposición no sería pertinente, la lectura del libro *Cuadros americanos*, notable, notabilísimo libro, que es además, por los múltiples y variados asuntos de que trata, algo así como la casa museo de su autor, el cual ha reunido allí, distribuyéndolas con exquisito gusto de verdadero artista, curiosas reliquias y bellezas sin cuento, traídas unas y otras de

parajes tan remotos como Chimborazo y California, Japón y Suecia.

Hay en esta obra extraño encanto que invade las páginas más prosaicas; y así cuando su autor esgrime la sátira como cuando narra episodios de viaje ó historia ignorado periodo de la vida política que podríamos llamar *lacústica*... en América, experimenta el lector singular regocijo que no es para gustado una vez sola. Á ratos olvida el Sr. Llorente que el público lo está viendo, ó si lo recuerda no hace caso, y sintiéndose artista, nada más que artista, abre su espíritu á la contemplación de las maravillas que exhibe aquella naturaleza lindamente salvaje; — y á ratos también se oculta el Sr. Llorente, como si el espíritu le pidiera sombra y pudiera escaparse del libro por la misma escalerilla que allá en su casa le aísla del ruido en apartada celda...

Precede á los *Cuadros americanos* un prólogo del Sr. D. Luis Vidart, en el cual demuestra este escritor absoluta ignorancia del medio hispano en que viven pasionalmente las repúblicas del Sur americano. Tal vez crea el Sr. Vidart que son exageradas las apreciaciones, perfectamente exactas, de un libro que debió titularse *Guía de los españoles en América*, y que merece ser leído y *estudiado* con detenimiento en España. Así no ocurriría que D. Juan Valera, con ser quien es, escriba tamaños desatinos como los que escribió en sus *Cartas americanas*... ¿Los escribió « para que sirvieran de acicate á los compradores? » Entonces no he dicho nada, porque cada cartaginés es muy dueño de especular con su mer-

cancia. ¿Los escribió de buena fe el Sr. Valera? Pues sepa su eminencia que esas *Cartas americanas* son, á vuelta de algunos elogios merecidos, bombos de *La Correspondencia* á poetas ñañigos y á prosistas macheteros... del idioma.

Y es lástima que esos mismos prosistas y poetas digan luego en América: — ¡Qué pendejo el tal Valera!...